



Taller de Lectura Argentina y Escritura

Pedro Orgambide (1929-2003)

Diario de una crisis (2002)

El cartonero y su familia

En la tipología de la pobreza, el cartonero ocupa uno de los primeros lugares. Es el que hurga en los desperdicios, el que encuentra valor en lo inservible. Si bien su nombre alude, en forma genérica, a la tarea de recolectar cartones, periódicos y papeles, su repertorio es mucho más amplio y abarca, diversificándose, desde cosas pequeñas hasta muebles y colchones abandonados en la vía pública, latas de cerveza, trapos, envases de comestibles y gaseosas, perchas, aros de metal, relojes viejos, zapatos y todo lo que alguna vez sirvió para vestir o comer o presumir antes de transformarse en la basura en la que investiga el cartonero.

Uno lo ve clasificar con buen ojo cada cosa, separar lo útil de lo inservible, lo que se puede “reciclar” de lo que se condena al olvido. Gesto de conocedor, de marchand, de catador, que acompaña los movimientos de sus manos en las bolsas de desperdicio de la ciudad.

El cartonero puede trabajar solo o acompañado de sus hijos o de toda la familia.

Si es así, se lo verá acarreado “changuitos” o un carro de mano, que empuja, seguido de su pequeña tribu, obediente a sus órdenes, a su conocimiento de la calle.

En cada barrio los cartoneros dividen sus zonas de influencia, sin molestarse. Sin embargo, he visto camiones y “chatitas” de mayoristas-cartoneros que dirimen sus derechos a la recolección en tal o cual geografía urbana. Al fin, es un negocio como cualquier otro, en el que rige la ley de la oferta y la demanda, en el que se impone el más fuerte. En todo caso, no hay

un solo tipo de cartonero. El más tradicional es aquel que en otro tiempo fue “ciruja” de la Quema. O el que heredó su arte o su oficio. Pero la mayoría es gente desplazada del taller o el empleo fijo en la oficina.

A estos últimos uno los reconoce por la ropa que delata un pasado esplendor, o al menos cierta prosperidad, y también por la mirada esquiva, avergonzada, de quien se siente incómodo en la nueva tarea.

El cartonero, por lo general, trabaja de noche. Aparece con las sombras de la ciudad y se mimetiza con ellas. Discreto, no se permite ni el comentario ni las risas y bromas de los otros vendedores ambulantes, que surgen cuando el cartonero se va, silencioso y furtivo. A no ser que se presente con sus hijos, que lo ayudan en la tarea, o trabajan a la par de los adultos. Detrás del carrito de mano o del carro a caballo que ha reaparecido en la ciudad, los chicos vuelcan el contenido de lo que hurgaron en las bolsas de basura.

Se van los chicos del cartonero y quedan en la noche los chicos de la calle. Se los ve en los andenes de las estaciones, en los vagones abandonados, en los recovecos de una casa tomada. Son los supuestos o reales delincuentes comunes, a quienes someten en algunas comisarías de provincia a las pateaduras, al “submarino seco” o a la violación.

¿Quién escribirá acerca de estos chicos? ¿Estará naciendo entre nosotros el que cuente sus desventuras? No lo sé; cuando converso con ellos solo siento vergüenza.

Una tarde en el shopping

A pesar de la crisis, la familia tipo esta tarde pasea por el shopping. Es su entretenimiento, su diversión, la manera de distraer su ocio. Está en su casa, en su hogar idealizado, en un mundo que puede colmar el apetito con su vista. Producto de la globalización comercial, de la política monopólica, el shopping concentra en su arquitectura, circulación y oferta, variadas respuesta al irrefrenable deseo de comprar.

Escenario del añorado bienestar a través de múltiples invitaciones al placer doméstico, tiene como objetivo fundamental a la familia, aunque su target, como aseguran los expertos del mercado, es amplio y versátil: alcanza al joven, al niño, a la mujer, al hombre, a los diferentes

extractos de la población, con énfasis en la clase media, la más proclive al indiscriminado consumo.

En el shopping se apagan los ecos de la realidad exterior y uno entra en la realidad virtual de un mundo apacible y confortable, despojado de fealdad. Allí la pobreza es una intolerable intrusa. Están de más los “piernas sucias”, los “sucios”, los “rotos”, como definieron varios ex gerentes de un centro comercial a un grupo de gente menesterosa e imprudente. En el shopping no hay conflictos sociales. Quienes no pueden comprar, pueden caminar por sus pasillos. No está prohibido, siempre que se porten bien. El personal de vigilancia se ocupará de que suceda así, de que la familia tipo se sienta cómoda, libre de asechanzas, mientras recorre los negocios sin temor a lo imprevisto.

Se oye la música funcional y el sonido del agua de una cascada artificial, entre palmeras también artificiales. La familia ha llegado a su oasis. Puede hacer una pausa y seguir el recorrido por los negocios semejantes a los diseminados en cientos o miles de lugares del planeta. En tiempo de crisis, el shopping se niega al pesimismo, crea promociones, establece horarios diferenciales, intenta seducir, una vez más, a la familia tipo. Ella concurrirá al shopping, como antes concurría al cine o al teatro, transformados ahora en playas de estacionamiento. Ella, la familia argentina de clase media, no se privará de ese placer, a pesar de la crisis. Aunque no compre nada.

El piquetero

Sombra inquietante de la crisis, emerge detrás del humo de los neumáticos quemados, en medio de un puente, en mitad de la ruta. Es uno y muchos; es el hombre y la mujer anónimos que surgieron de la desazón, del hambre y de la bronca. Están allí, alerta, como augures y pitonisas de la tragedia de un pueblo. Son lo que son: las circunstancias de un despido, de un desalojo, de las promesas incumplidas, de las humillaciones de mendigar, de la falta de trabajo, salud, educación para sus hijos.

El piquetero tuvo profesiones, oficios, empleo, ocupaciones de la vida útil. Después deambuló en busca de una changa, de cualquier trabajo efímero. Se fue cansando poco a poco,

acumulando bronca. No era nada y nadie en la sociedad. Molestia, en todo caso.

Le ofrecieron planes de trabajo, paquetes de comidas, paliativos para la pobreza. Pero, al fin se olvidaron de las promesas y de él, que de todos modos era un nadie.

No está solo. Junto a él aparece la piquetera, con un jarro de mate cocido y un trozo de pan. Un chico corre al costado de la ruta, bajo la mirada vigilante de la piquetera. Es la sagrada familia de la crisis. Ocultos en la niebla y más tarde en medio de la tormenta, llegan los represores. Se oyen los estampidos. El hombre se agiganta entre relámpagos e insultos. Toma una piedra. La mujer agarra su hijo y lo protege con su cuerpo.

“¿Dónde está Dios?”, pregunta una anciana a quien alcanzó un proyectil de goma. Está de rodillas y reza su incertidumbre. “Eva -murmura-, Evita”, como si la abanderada de los humildes pudiera oírla desde el cielo.

Según el Diccionario de la Lengua Española, un piquete, en su quinta acepción, es un “pequeño grupo de personas que exhibe pancartas con lemas, consignas políticas, peticiones, etc., en algunos países de América”. Y en su sexta acepción: “grupo de personas que pacifica o violentamente, intenta imponer o mantener una consigna de huelga”.

Quien integra un piquete sabe que se arriesga a ser un blanco móvil para los represores y un objeto menospreciado en el discurso oficial. Su no estar en un trabajo, ocupación social, residencia fija lo hace sospechoso. Ahora es sólo una sombra, una amenaza fantasmal, una mancha sobre las prolijas estadísticas de los bien pensantes. Si no es posible borrarlo por las buenas, ellos no dudarán eliminarlo por las malas. El piquetero lo sabe.

Por eso pelea, defendiendo su identidad en las rutas de una Argentina en crisis. Él sabe que tiene el derecho a tirar la primera piedra.